

Nicolás Gómez  
(Editor)

Howard Richards  
Michela Giovannini  
Mayeli Ochoa  
Andrés Monares

# Las economías de los invisibles

*Miradas y experiencias de  
economía social y solidaria*



RiL editores

# LA SOLIDARIDAD IMPOSIBLE. ECONOMÍA Y NATURALEZA EGOÍSTA DEL SER HUMANO<sup>1</sup>

*Andrés Monares*

*«Existe ya una extensa e imponente línea de economistas, desde Adam Smith hasta el presente, que han tratado de demostrar que una economía descentralizada, motivada por el egoísmo y guiada por las señales de los precios, sería compatible con una disposición coherente de recursos económicos que pudiera considerarse, en un sentido bien definido, como superior a la gran clase de disposiciones disponibles»*

Kenneth Arrow y Frank Hahn<sup>2</sup>

## I. PRESENTACIÓN

La cita que encabeza este texto da cuenta, de manera asépticamente académica, del fundamento básico de la economía moderna: la especie humana es egoísta por naturaleza. Lo que en jerga técnica se expresa en el principio de que los individuos son maximizadores y se guían por una «racionalidad económica» intrínseca, por ende, inevitable. Esa supuesta condición inherente da lugar a un sistema *ad hoc*: el mercado autorregulado. No obstante, los propios Kenneth Arrow y Frank Hahn (Sen, 1986) se cuestionan respecto de tal proposición que «ha sido planteada y sostenida con gran seriedad» por clásicos y neoclásicos, junto a buena parte de aquellos que se dicen economistas «científicos» y asumen consciente o inconscientemente esa expresión matematizada del liberalismo. Para Arrow y Hahn —como asimismo para los economistas heterodoxos que evitan la costumbre ortodoxa de no cuestionarse—, es importante saber «no solo si *es* cierta, sino si *podría* ser cierta» (cursivas del original) esa esencia humana egoísta o maximizadora.

Como cualquier estudiante de economía puede testificar, esa singular proposición del egoísmo natural y universal «planteada y sostenida con gran

---

<sup>1</sup> Este capítulo es una versión revisada del artículo publicado con el mismo título en *Polis, Revista Latinoamericana*, Nro. 45, diciembre de 2016.

<sup>2</sup> Citados en Sen (1986, pp. 178-179).

seriedad» en la disciplina, es la base de todo el saber *oficial* de la economía dominante. No hay curso de la materia que no comience con alguna forma de aceptación del egoísmo humano; obviamente, expresada en términos «técnicos». Esa propuesta elevada a la calidad de principio básico, no necesitaría comprobación en el ambiente economicista. Según los fundamentalistas por lo evidente de su veracidad, y según los pragmáticos, porque la verdad es un asunto secundario cuando se toma en cuenta la utilidad del modelo.

Ignorando las serias y documentadas objeciones socioeconómicas y sociopolíticas, la inmensa cantidad de datos empíricos históricos y antropológicos acumulados, los cuantiosos resultados experimentales o la incapacidad explicativa de la doctrina dominante en diversas áreas, el principio del egoísmo sigue en pie expresado en forma de maximización individual de utilidades. A pesar de todas las críticas y pruebas empíricas en su contra, sobrevive y reafirma su lugar de piedra fundacional de la economía. Precisamente, la disciplina fue convertida por sus obsecuentes seguidores, en base a aquel principio del egoísmo humano, en la «ciencia» sociocultural omnicomprendensiva por excelencia.

Por ende, desde la economía ortodoxa las discusiones acerca de unas economías llamadas solidarias o sociales, no pasan de ser anecdóticas. Son terreno ignoto para la ciencia, la matemática y la seriedad académica. No obstante, el punto es que más allá del ensimismamiento o autismo de esa economía con pretensiones de «ciencia» (en tanto apuesta por replicar el modelo de la física en lo sociocultural), millones de personas a través de todo el mundo viven su cotidianidad *fuera* de los estrictos *pre*-juicios de la ortodoxia economicista. Esos millones han existido y existen por más que esas teorías no los vean, no los entiendan y, por si fuera poco, pretendan dar cuenta de lo que *en realidad* esas personas quieren y hacen diariamente.

En ese escenario, para comprender los fundamentos y lógica del principio básico de la economía «científica» o neoliberal, se recorrerá aquí un camino hacia el pasado y de vuelta. Primero, se hará una somera exposición del punto de vista ortodoxo a través de Friedrich von Hayek. En segundo lugar, se expondrán los orígenes «metafísicos» de la economía dominante en el trabajo de Adam Smith y luego la «depuración» científicista de su obra que realizaron sus continuadores clásicos. Finalmente, se presentarán perspectivas en verdad empíricas que pueden cooperar a una mejor comprensión de las formas de sustento o economías sociales y/o solidarias.

## 2. EL PROGRESO COMO «ESCAPE» DE LA SOLIDARIDAD<sup>3</sup>

Para exponer el cuadro *oficial* de la economía dominante y su elevación del egoísmo a inexorable y benéfico motor socioeconómico de la especie, se acudirá aquí a Friedrich von Hayek, ganador del «Premio Sveriges Riksbank en Ciencias Económicas en Memoria de Alfred Nobel», de 1974, y uno de los ideólogos más destacados del neoliberalismo<sup>4</sup>. Se expondrán las aseveraciones de este autor austriaco sobre la existencia de un orden social espontáneo, las cuales complementa con su visión de una razón limitada, de la naturaleza emocional de la moral y de la necesidad de autonomía individual. Todo ello le sirve para sustentar su rechazo a la solidaridad y a la justicia social, y para afirmar la conveniencia individual y social del egoísmo.

Hayek (1982) sostiene que el liberalismo *descubre* un orden socioeconómico «espontáneo», gracias al cual se conforma la «sociedad extendida» u occidental moderna. Este tipo de colectividad «está basada en un proceso autorregulador», el «mecanismo impersonal» del mercado, en el cual no se puede identificar ningún «propósito común». Luego, afirma que el mercado autorregulado se impondría no solo por ser *natural*, sino por su evidente *conveniencia* para la suma de individuos que conforman la «sociedad extendida». De ahí su conclusión acerca de lo «lógico» o del todo evidente que es «intentar crear las condiciones bajo las cuales será sumamente probable que un individuo, tomado al azar, alcance sus fines en forma tan efectiva como le sea posible» (Hayek, 1993, p. 11). Tales condiciones son las que estructuran lo que él llama el «orden social liberal», con su sistema de mercado autorregulado u «orden espontáneo»:

El concepto central del liberalismo es que bajo la vigencia de reglas universales de conducta justa, que protejan un dominio privado de los individuos que pueda ser reconocido, se formará por sí mismo un orden espontáneo de las actividades humanas

<sup>3</sup> Para esta sección se ha adecuado el apartado «Mercado Autorregulado y Neoliberalismo» de Monares (2012a).

<sup>4</sup> Se debe recordar que el (mal) llamado Premio Nobel de Economía lo otorga el Banco Central de Suecia desde 1969 y no debe confundirse con los *verdaderos* galardones otorgados por la Fundación Nobel. Esta especie de *franquicia* del premio real sería una forma de legitimar a la economía como «ciencia» (Palma, 2013).

de mucho mayor complejidad del que jamás podría producirse mediante un ordenamiento deliberado (Hayek, 1982, p. 182)<sup>5</sup>.

El que la existencia de ese «orden espontáneo» no fuera «creado para un fin particular», está lejos de ser un problema para Hayek. Muy por el contrario. Es tal el beneficio general de ese orden autogenerado en los asuntos sociales, que vale la pena más allá de que «no pueda predecirse cuáles serán los objetivos particulares favorecidos y cuáles no» (Hayek, 1993). Y, en consecuencia, saber quiénes serán favorecidos y quiénes serán desfavorecidos por dicho orden espontáneo. Este carácter indefinido es lo que justamente, según el autor austriaco, habría permitido el desarrollo de un sistema que sostiene a millones de personas. Es más, la existencia de pobres en las sociedades de mercado serían un claro indicador del éxito y la superioridad del sistema. Aunque vivan en desmedrada situación, desde la Revolución Industrial a la fecha, aquellos tendrían un nivel de vida incomparablemente mejor al de cualquier otra época: «el capitalismo creó al proletariado» y la «economía de mercado hizo posible que la gente sobreviviera; de otra forma, esa gente no hubiese sobrevivido» (Hayek, 1981, p. 76)<sup>6</sup>.

Ese «orden espontáneo» a que da lugar el mercado autorregulado, o que en el fondo *es* dicho mercado autorregulado, supera con creces la capacidad del entendimiento humano. La «estructura autorreguladora» sobrepasa «ampliamente el conocimiento de cualquier individuo», al ser «un orden que excede significativamente nuestra visión»<sup>7</sup>. Así, al ser infructuoso cualquier intento de organización político-racional (en sentido greco-medieval), la sociedad deberá dejarse librada a la

<sup>5</sup> El autor incluso rechaza el concepto de «economía» por implicar «una organización con dirección deliberada»; por lo cual propone el de «catalaxia», el cual hace referencia a un «orden espontáneo sin propósitos» que «no se basa en una jerarquía única de fines» (Hayek, 1982).

<sup>6</sup> No son pocas las dudas que despierta la afirmación de que el capitalismo de mercado autorregulado sea *superior* al permitir la supervivencia de más personas que todos los sistemas socioeconómicos conocidos y citar a la Revolución Industrial como ejemplo. Debe recordarse que dicho período de expansión económica sin parangón en Gran Bretaña, coincidió con una miserable condición de sus clases bajas al punto de impulsarlas a emigrar por miles (Hobsbawm, 2010; Schnerb, 1982).

<sup>7</sup> George Soros (2012), un liberal convencido y militante, a pesar de rechazar el «fundamentalismo de mercado», asume tal como los ortodoxos que los «agentes pensantes actúan sobre la base de la comprensión imperfecta» de la realidad, lo cual «introduce un elemento de incertidumbre en los asuntos humanos». Curiosamente, los liberales no entienden el problema del conocimiento desde las posibilidades que entrega la libertad fruto de la razón.

*emocional* «racionalidad económica» o, en otras palabras, al egoísmo lucrativo. Un intento de planificación tan solo interferiría el orden «espontáneo» para *mal*. Desde este singular punto de vista, sería una quimera pensar en la posibilidad de «construir un mejor sistema de sociedad» a partir de una planificación y/o de acuerdos políticos fundados en la razón (Hayek, 1981)<sup>8</sup>. Por eso, para el economista austriaco, la única posibilidad de «construir un mundo decoroso» es apostar por el crecimiento económico: «continuar mejorando el nivel general de la riqueza». Otro camino, diferente de *esa* meta económica autogenerada, es «pura irresponsabilidad» (Hayek, 1995).

Para respaldar su propuesta del orden espontáneo, Hayek (1981) supone una singular evolución sociocultural *unilineal* de la humanidad, la cual entiende universal a pesar de referirse solo a Occidente<sup>9</sup>. Evolución que también sería moral y de ahí su referencia a «instintos morales» y «sentimientos espontáneos» al estilo de Adam Smith (1997), filósofo moral escocés del siglo XVIII quien es considerado el «padre» de la economía. Expone Hayek que *antes* (no se sabe dónde ni cuándo) la vida de las bandas cazadoras-recolectoras y de las tribus se desarrollaba cara a cara, con un objetivo común y en base al altruismo. Es más, fue «durante este largo período, que precedió al desarrollo de lo que llamamos civilización, que el hombre adquirió sus respuestas genéticas, emocionales, sus sentimientos» (Hayek, 1981, pp. 71-72). En especial se adquirieron dos actitudes necesarias en un grupo pequeño, pero «que no encajan bien en la sociedad extendida»: «el sentimiento del altruismo y el sentimiento de búsqueda conjunta tras metas comunes»<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> Es muy importante diferenciar entre la moderna «racionalidad económica» del cálculo costo-beneficio individual, fruto del sentimiento egoísta innato, y el concepto de «razón» en sentido greco-medieval, es decir, de la facultad que permite a la especie humana guiar libremente sus actos. Esta última «razón» es la que se encarna en la política racional para dirigir a la comunidad hacia el fin final de la vida: la felicidad (Monares, 2012b).

<sup>9</sup> Esta singular progresión de la historia de la especie, común a las *modernidades* liberales y marxistas, tiene su expresión típica en la economía moderna; incluso en versiones que se asumen no ortodoxas. Un caso gráfico es Teodoro Wigodski (2015) y su eurocéntrica exposición de una supuesta evolución socioeconómica progresiva de *toda* la especie: desde la caza-recolección nómada, pasando por el sedentarismo agropecuario, hasta llegar al industrialismo y comercio de mercado en la urbe occidental moderna en la cúspide del avance humano.

<sup>10</sup> La antropóloga Susan McKinnon (2012) critica la *creencia* de que en el remoto Pleistoceno se fijaron respuestas psicológicas en la especie humana... ¡las cuales se habrían traducido en instituciones socioculturales universales aún vigentes!

La «sociedad extendida» —o la Occidental moderna masiva, industrializada y de mercado— requiere el olvido de tales *emociones morales primitivas*<sup>11</sup>. El mantenimiento del «orden espontáneo» hace imprescindible que no se intervenga la autonomía individual, el egoísmo o el individualismo. Es más, no se trata solo de una legitimación moral; se requiere su protección por medio de instrumentos institucionales o normas legales. Pues, la primitiva moral altruista imposibilitaría la conformación de la «sociedad extendida» o incluso la destruiría. No ha de olvidarse, afirma Hayek, que «todos los nuevos desarrollos se deben a la difusión de lo que podemos llamar ‘individualismo’ o ‘escape’ de algunos individuos a esta obligación de compartir los métodos tradicionales» (Hayek, 1981, p. 74). O sea, el progreso solo es posible cuando las personas se *liberan* de las trabas altruistas y se comportan de manera egoísta o individualista. En otras palabras, la singular definición de «progreso» desarrollada en el Occidente moderno (para nada universal por cierto), «exigió la represión gradual de estos dos instintos básicos de altruismo y solidaridad» (Hayek, 1981, p. 72)<sup>12</sup>.

La conclusión de la muy particular lógica de Hayek (1982), es que debe rechazarse la más nefasta supervivencia de la moral primitiva: la «justicia social» o «justicia redistributiva». Sería un concepto imposible de sostener argumentalmente, pues «no se han encontrado, ni se pueden encontrar pruebas o criterios mediante los cuales puedan fijarse dichas reglas» de justicia. Esa moral primitiva se expresaría hoy en la demagogia socialista, justificación de lo que es en realidad la verdadera *injusticia* social. Es más, por esa falacia que es la justicia social «el orden de derecho liberal se va destruyendo progresivamente», ya que las reglas que se dicen justas «tendrían que ser determinadas por el arbitrio de la voluntad de los detentadores del poder». Asegurar tal distribución «justa» implicaría transformar el «orden espontáneo del mercado (...) en un orden totalitario» (Hayek, 1982, p. 193)... y tal vía se sabe que es un inexorable *Camino de servidumbre* (Hayek, 1995).<sup>13</sup>

<sup>11</sup> Para sopesar la *fuerza* del argumento, hay que recordar la carga valórica negativa que lo «primitivo» tiene desde el eurocentrismo en sí y desde sus expresiones modernistas y/o racistas.

<sup>12</sup> La extraña y eurocentrista reconstrucción de la evolución humana de Hayek, tiene su correlato en los procesos de modernización, es decir, en la imposición planificada de patrones socioculturales europeos y estadounidenses. Los desarrollistas proponen que deben eliminarse las «barreras» al «desarrollo»: los patrones «tradicionales» o solidarios (Monares, 2008).

<sup>13</sup> La sublimación neoliberal de la libertad y el individualismo pueden comprenderse, y hasta compartirse, al considerar la experiencia totalitaria soviética y nazi. Pero

Lo en verdad injusto para el economista austriaco es el contubernio de intereses particulares que atentan contra la autonomía individual, en su expresión de iniciativa productivo-comercial. Por tanto, tal confabulación es una amenaza a la esencia de una «sociedad liberal». En este aciago caso, lo que debería resolverse espontáneamente en función de las capacidades y suerte de cada cual, es reemplazado por la imposición de los intereses de los grupos de presión de las democracias representativas<sup>14</sup>. Lo antaño autorregulado al modo de un sistema natural —una cuestión científica, objetiva y neutral tal como la órbita de los planetas—, se convierte en político. Será un tiránico orden arbitrario que busca una distribución más «igualitaria», lo cual solo lograría que se tengan menos cosas para distribuir. De ahí que el autor desprecie y denuncie esa quimera democrática: «la ilusión de que tenemos un producto social, que está a nuestra disposición para distribuirlo como queramos, es justamente eso: pura ilusión» (Hayek, 1981, p. 80). En un «orden de mercado» nadie hace «una distribución justa o injusta», lo que en realidad ocurre es una «dispersión» de ingresos (Hayek, 1982)<sup>15</sup>.

La sublimación del individualismo y de sus efectos autorreguladores en el marco del «orden espontáneo» del mercado, conlleva finalmente una sublimación del egoísmo como norma de conducta individual y

---

Hayek, como otros neoliberales, terminan viendo un *Camino de servidumbre* en todo sistema que no sea uno de mercado autorregulado, lo cual no tiene validez histórica ni política. Además, esa forma de ver la sociedad está cegada por y encerrada en la visión occidental que lleva cualquier argumento a un todo o nada: se es (neo)liberal o totalitario.

- <sup>14</sup> James Buchanan (1982), economista neoliberal y premiado en memoria de Alfred Nobel en 1986, distingue entre democracias «ilimitadas» y las «limitadas» para referirse respectivamente a sistemas políticos que no restringen el alcance de los gobiernos de aquellos que lo restringen. En su exposición, acorde a las ideas políticas de Hayek, rechaza las democracias por no «aplicar abiertamente limitaciones al radio de acción de la actividad gubernamental». Por su parte, Milton Friedman (1980), premiado en memoria de Alfred Nobel en 1976, también aboga por la no intervención, pues sus «efectos son precisamente lo contrario de los objetivos perseguidos por los reformadores». El mercado autorregulado guiado por el egoísmo siempre será mejor y más eficiente que cualquier solución racional y/o planificada. Así, por ejemplo, para Friedman un «supermercado» sería más democrático que el propio sistema democrático al dar lugar a «una unidad sin sometimiento». En Jorge Vergara (2015) se encuentra una exposición crítica de las ideas políticas de Hayek.
- <sup>15</sup> El neoliberalismo *resolvió* el problema de la redistribución a través del Estado subsidiario: ayudas específicas y limitadas para la ciudadanía que vive en la miseria, a fin de que así puedan *elevarse* a la condición de «pobres». Se garantizaría así la igualdad de condiciones para que los antes miserables compitan por los recursos en el mercado con el resto de la población.

social. Cada cual, al perseguir su propio interés, velará de forma *inconsciente* —pero de manera *eficiente*— por el interés general. Se llegó al contrasentido de aceptar los beneficios del egoísmo; o lo que en la práctica es lo mismo, de negar la validez de cualquier principio ético que justifique intervenir *contra* el egoísmo. Como el ropaje científico da para justificar cualquier cosa, se liberó la sed de lucro individual de toda intervención externa o no económica. La actividad productivo-comercial implica servir «a propósitos recíprocos pero no comunes». Sin embargo, es importante no caer en confusiones: en el «orden del mercado» el concepto de «reciprocidad» se entiende desde el individualismo; sería «la reconciliación de propósitos diferentes para el beneficio mutuo de los participantes» (Hayek, 1982, p. 183). No se debe llamar engaño al usar la misma palabra para referirse en realidad a otro concepto, fruto de otros fundamentos y objetivos. El individuo egoísta es elevado al arquetipo de habitante ejemplar (a propósito se evita aquí la palabra «ciudadano») de la autorregulada «sociedad liberal» o «extendida»:

Su lucha egoísta por las ganancias lo lleva a actuar así y le permite hacer, precisamente, lo que debería realizar para mejorar lo más posible las oportunidades de cualquier miembro de su sociedad, elegido al azar, pero solo si los precios que puede obtener son determinados exclusivamente por las fuerzas del mercado y no por los poderes coercitivos del gobierno (Hayek, 1989, p. 187).

Como se puede ver, el autor austriaco hace un uso explícito de la palabra «egoísmo» y es central en su argumentación. No se trata de ninguna hipótesis fructífera ni de un útil modelo operativo, como suele escucharse en ambientes económicos «científicos». Por ejemplo, Lionel Robbins (1951), a quien se puede considerar «padre» del «enfoque económico» contemporáneo, se quejaba en 1935 de «la muy reiterada acusación de que la economía supone un mundo de hombres a quienes solo preocupa su propio interés». Una perspectiva que, según aquel, era sostenida por críticos de «mentes adversas al esfuerzo que exige pensar con exactitud» o por el «público profano» que «se ha dejado embaucar». Para «todo buen economista» tal visión es manifiestamente errada, al punto de ser algo «estúpido y exasperante».

Irónicamente, como señalan al principio de este capítulo los destacados economistas Kenneth Arrow, premiado en memoria de Alfred Nobel en 1972, y Frank Hahn, la íntima relación entre economía y

egoísmo «ha sido planteada y sostenida con gran seriedad» por «una extensa e imponente línea de economistas». Entonces, se puede llegar a entender a la disciplina cual club de «mentes adversas al esfuerzo que exige pensar con exactitud». Es más, pudiera especularse que de haber conocido Robbins los textos aquí citados de Hayek —un «buen economista» galardonado con el premio en memoria de Alfred Nobel—, tal vez no le hubiera solicitado y agradecido sus «consejos y críticas» a la 2da. edición de su reconocido *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia económica*.

### 3. EL EGOÍSMO NATURAL

La «ciencia económica» viene explicando las conductas humanas en base al modelo teórico del «individualismo metodológico». La ortodoxia ha operacionalizado la hipótesis de que sujetos aislados, o fuera de contexto, realizan cálculos maximizadores de su utilidad individual en *todos* los ámbitos de sus vidas; y ya no solo en las esferas monetarias o materiales, antaño entendidas como las únicas económicas en sentido estricto (Monares, 2015a). Así, «todas las instituciones, pautas de comportamiento y procesos sociales pueden ser explicados, en principio, en términos de los individuos únicamente» (Hirschman, 1978, p. 24)<sup>16</sup>. Mas, dicho enfoque no surgió de la nada recién en el siglo pasado. Tiene su historia y sus fundamentos. Ideas que son anteriores a las exposiciones de Lionel Robbins en el siglo XX o del trabajo pionero de Carl Menger en el XIX sobre la elección en un contexto de insuficiencia de medios (Polanyi, 1994).

El punto es que desde las posturas tecnocráticas se desconoce que se está ante lo que puede identificarse como una *operacionalización de una ideología*. De dicha ignorancia se terminan invisibilizando sus orígenes, fundamentos teóricos y los condicionamientos que aquella ideología dejó establecidos para las ideas e instituciones desarrolladas con posterioridad a partir de tal cimiento. De hecho, cuando Hayek habla de orden social espontáneo, limitación de la razón, moral emocional de carácter egoísta y necesidad de autonomía individual, está repitiendo puntos centrales de la propuesta de Adam Smith. Tal como

<sup>16</sup> El economista Albert Hirschman, aunque cauto, defiende el «reduccionismo» del individualismo metodológico y, tal como Lionel Robbins, asegura que «la suposición de que los individuos son racionales [economizadores] y egoístas no forma parte de la doctrina», la cual según él tampoco «asume que los individuos sean 'átomos' con una existencia presocial».

ocurrió entre los coetáneos del filósofo moral escocés en el siglo XVIII, Hayek también asume que aquel logró develar, ¡ni más ni menos!, la verdadera naturaleza humana:

Debido a que se ha hecho costumbre ridiculizar a Smith y a sus contemporáneos por su psicología supuestamente errónea, quizá podría aventurar mi opinión: pienso que para todos los efectos prácticos aún se puede aprender mucho más sobre el comportamiento de los hombres en *La Riqueza de las Naciones* que en la mayoría de los más pretenciosos tratados modernos sobre *psicología social* (Hayek, 1986<sup>a</sup>, p. 11)<sup>17</sup>.

A pesar del reconocimiento que el economista austriaco le rinde al moralista escocés, no considera los verdaderos fundamentos y fines de la ética religiosa a la cual adscribía aquel. Lo *traiciona* al secularizarlo y dejarlo convertido en un irreconocible «científico» en el sentido de las ciencias naturales contemporáneas<sup>18</sup>. Para nadie debería ser un misterio que el origen del hoy llamado «individualismo metodológico», hunde sus raíces en el trabajo de Smith en pleno siglo XVIII. Mas, en todo caso, el pensador escocés es el gran *sintetizador* de una tradición; como ocurre con toda persona, no inventó de la nada. Él es la cúspide de una cultura cuya expresión intelectual dominante sintetizó la interpretación del cristianismo que hiciera Juan Calvino, teólogo francés del siglo XVI, y el desarrollo de esos dogmas por los ilustrados ingleses del siglo XVII. En específico, los tópicos centrales de ese complejo de ideas reformadas-ilustradas, son el continuo gobierno divino del mundo por medio de la providencia y la irremediable maldad de la especie humana por el pecado original (Monares, 2012b).

A la fecha, Adam Smith (1723-1790) es reconocido por ser el «padre» de la economía, disciplina que los ortodoxos suponen habría sido fundada a partir de *La riqueza de las naciones* (1776). Libro donde el filósofo escocés expone un sistema «espontáneo» basado en

<sup>17</sup> Una vez más se hace hincapié en la extremadamente singular antropología de Hayek, quien además reconoce una universalidad en las *creencias* de Smith que no se condice con la escasa experiencia fuera de Escocia del filósofo y, mucho más importante todavía, su desconocimiento de otras culturas y su falta de criterio para sopesarlas. En esto último, ciertamente Smith es el «padre» de la economía... como se puede ver hoy al constatar las mismas carencias entre sus seguidores ortodoxos.

<sup>18</sup> De entre los economistas de su época, Smith «sin duda es el más grande, no solo por su influencia sino por la comprensión y reconocimiento claro del problema central de la ciencia»: la autorregulación (Hayek, 1986b, p. 89).

una antropología imaginaria, una antojadiza y para nada empírica caracterización de la especie. Ante la consensual creencia de la Europa occidental protestante/reformada en una naturaleza humana de índole viciosa, los intelectuales ilustrados venían proponiendo diversas formas en que su dios guiaría a los individuos usando, precisamente, su corrupción innata. Ese gobierno divino explicaría la supervivencia de la humanidad, por medio de una forzosa e inconsciente cooperación, en un mundo de degeneración. En relación a este marco general, Smith expone una de las tantas posibles explicaciones que pueden elaborarse a partir de aquella estructura ideológica básica<sup>19</sup>.

El autor de *La riqueza de las naciones* asume la inexorable necesidad de cooperación para mantener a la sociedad y, por su intermedio, al género humano. Mas, asimismo expone un problema básico: «el hombre (...) en vano puede esperarla solo de su benevolencia». Dada su maldad inherente, la cooperación se «conseguirá con mayor seguridad interesando en su favor el egoísmo de los otros y haciéndoles ver que es ventajoso para ellos hacer lo que les pide». Para que los demás realicen las acciones que sirvan a la propia conveniencia, cada cual debe invocar el «propio interés» de los otros: no «sus sentimientos humanitarios sino su egoísmo» (Smith, 2000, p. 17).

De hecho, para el filósofo escocés *la* característica de la especie es su «propensión a permutar, cambiar y negociar una cosa por otra». La que es el medio por el cual «el hombre subviene a la mayor parte de sus necesidades» y «vive así gracias al cambio». En consecuencia, es «en cierto modo [un] mercader». Luego, una sociedad compuesta por sujetos con tales características y tendencias innatas, «prospera hasta ser lo que realmente es, una sociedad comercial» (Smith, 2000, p. 24). El comercio sostiene a la humanidad, pero no como un conjunto de actos de reciprocidad de carácter altruista ni de cooperación consciente. He aquí, lo que Smith expone y resuelve cuando habla de la «mano invisible»:

Ninguno se propone, por lo general, promover el interés público, ni sabe hasta qué punto lo promueve. Cuando prefiere la actividad económica de su país a la extranjera, únicamente considera su

<sup>19</sup> Considerando la visión religiosa reformada solo como una entre tantas, Hirschman (1978) revisa la «insistencia categórica» europea en concebir a la humanidad como «realmente es» a partir del Renacimiento, y Sahlins (2011) expone que la concepción de un ser humano malvado es una «ilusión» occidental que se puede rastrear desde la antigua Grecia.

seguridad, y cuando dirige la primera de tal forma que su producto represente el mayor valor posible, solo piensa en su ganancia propia; pero en este como en otros muchos casos es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones. Mas no implica mal alguno para la sociedad que tal fin no entre a formar parte de sus propósitos, pues al perseguir su propio interés, promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios (Smith, 2000, p. 402).

En realidad, Smith solo aplicó al sistema productivo-comercial sus ideas fundamentales expuestas con anterioridad en la que él y sus contemporáneos consideraron su obra capital: *La teoría de los sentimientos morales* (1759). En dicho texto explicó que los «sentimientos morales» son medios providenciales que dirigen a los individuos a cooperar con otros y a mantener a la especie de modo inconsciente... ¡y hasta contra su voluntad! El ejemplo que presenta es que la «mano invisible» conduce a los «ricos» a distribuir su riqueza con quienes Dios determinó que no tuvieran propiedad; y a pesar de su «natural egoísmo y avaricia», y de que «sólo buscan su propia conveniencia», la providencia-mano invisible hace que los «pocos patrones señoriales» dividan «con los pobres el fruto de todas sus propiedades». De modo que «sin pretenderlo, sin saberlo, promueven el interés de la sociedad y aportan medios para la multiplicación de la especie» (Smith, 1997, p. 333). Todo ello lo hacen dirigidos por sus sentimientos y, en específico, por su egoísmo.

En consecuencia, de esa descripción de una realidad divinamente determinada es que toma lógica y fuerza la propuesta de un orden espontáneo y el consecuente principio primordial de *no intervención*. El gobierno de la sociedad por la providencia, que utiliza los sentimientos, no debe ser intervenido: Dios logra lo que la maldad humana no querría, y lo que la corrupta razón es incapaz de planificar y conseguir. Se eleva así la no intervención a precepto supremo de la sociedad de mercado y a la condición necesaria para la autorregulación del mercado (el cual, en el fondo, es toda la sociedad). La *autonomía individual* pasa a ser *el* valor primordial de la tradición reformada-ilustrada o de lo que llegaría a conocerse como Modernidad<sup>20</sup>.

<sup>20</sup> La filosofía occidental moderna y contemporánea asocia la autonomía a Immanuel Kant, entendiéndola cual fruto racional y profano de la Ilustración. Mas el pensador prusiano, tal como su contemporáneo Smith,  *Cree* que la providencia emplea la maldad humana: recurre a la «insociable sociabilidad» o «antagonismo» para materializar su plan. Uno donde la especie sobrevive y progresa a través de

La solidaridad no solo es *imposible* por motivos de la propia naturaleza humana; de hecho, si se quisiera poner en práctica lograría metas diferentes y hasta contrarias a las deseadas por la Deidad. Sin embargo, no hay problema con ese egoísmo ciego. Pues al ser un medio providencial, finalmente, como señala Smith, promoverá el interés «de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios». Por ende, la solidaridad, lejos de traer riqueza o progreso, provocaría sus contrarios: pobreza y retraso. Si bien el moralista escocés jamás hubiera aceptado que la maldad, envidia, avaricia o la codicia eran sentimientos virtuosos, fue impulsado por su fe a creer que dichos vicios eran los únicos medios que Dios tenía a mano para dirigir a la corrupta humanidad hacia *Sus* benéficos objetivos<sup>21</sup>.

Es importante recordar que la estructura de pensamiento general de Smith, donde se ubica su creencia en una naturaleza egoísta de la especie humana en particular, no era para nada novedosa en su momento. El vicio, cual factor explicativo de la conducta individual, como ya se dijo, se enmarca dentro de la tradición de la Europa occidental protestante/reformada. Y en esos términos tuvo sus predecesores y sus continuadores. A estos últimos es importante entenderlos como seguidores explícitos del moralista o, al menos, miembros de la misma tradición.

Bajo ese último entendido, se considerará primero al utilitarista británico Jeremy Bentham (1748-1832), a quien se tiene aquí por una especie de nexo entre Smith y la economía posterior que pretende asumir el estatus de «ciencia» al modo de la física. En su texto «La psicología del hombre económico» el autor presenta, sin tapujos ni eufemismos (morales o «técnicos»), la tradición ya expuesta acerca del egoísmo de la especie: «el yo lo es todo, comparado con el cual, las demás personas, agregadas a todas las cosas juntas, no valen nada» (Bentham, 1978, p. 12. *Cursivas del original*). Como para el

---

la conformación de la sociedad política, que es el modo providencial de controlar la naturaleza viciosa de los individuos (Monares, 2012b).

<sup>21</sup> Aunque escapa al objeto de este trabajo, esa manifestación continua de la providencia a través de los sentimientos, permite concebir la acción de las personas como constante: la metafísica fundamenta el enfoque científico *secular* del fenómeno humano (Monares, 2008). Entre los muchos ejemplos citables, tómense en cuenta otros dos del siglo XVIII: «así como el mundo físico está gobernado por las leyes del movimiento, el universo moral está gobernado por las leyes del interés» (Helvecio citado por Hirschman, 1978, pp. 49-50); «la avaricia, o el deseo de ganancia, es una pasión universal que opera en todo tiempo, en todo lugar, y sobre todas las personas» (Hume citado por Hirschman, 1978, p. 61).

pensador utilitarista «el predominio general de la propia estimación sobre cualquiera otra clase de consideración, queda demostrado» con prístina evidencia en la realidad, la organización económica derivada de aquella jamás podría ser solidaria, altruista o responder a cualquier otra virtud. Ello sería una cuestión innegable, pues se manifiesta de manera empírica:

Deberá dependerse siempre del principio de acción cuya influencia sea la más poderosa, constante, uniforme, permanente y más generalizada entre la humanidad. Ese principio es el interés personal; el sistema de economía que se construya sobre cualquier otra base, se edifica sobre una base falsa (Bentham, 1978, p. 13).

El egoísmo de los individuos que se juega en el terreno de los sentimientos de «placer» y «dolor» —buscando por naturaleza el primero y evitando el segundo—, es una tendencia *moral* tan regular que podrá ser medida. Es posible encontrar un resultado o «valor» moral de la comparación de «todos los *placeres* por una parte, y los de todos los dolores por otra». Si el resultado «se inclina hacia el lado del placer, señalará una *buena* tendencia del acto en su totalidad, respecto a los intereses de la persona *individual*» (Bentham, 1978, p. 16. *Cursivas del original*).

Esa perspectiva de «difundir el método experimental de razonamiento de la rama física a la moral» y, por ende a la economía, Bentham la expone en su escrito «Filosofía de la ciencia económica» como el rol de un Newton de lo moral... altísimo título que, finalmente y con no poca audacia, se otorga a sí mismo<sup>22</sup>. Entonces, concluirá Bentham que es el «dinero el instrumento para estimar la cantidad de dolor o placer»; sin él se debe decir «adiós a la política y la moral». Corolario al cual no podría haber llegado el autor sin el imprescindible supuesto de una tendencia egoísta natural ligada a los sentimientos y por ello de indiscutible índole regular<sup>23</sup>.

<sup>22</sup> Lo hace por más que reconozca a Helvecio como precursor de ese camino experimental en la moral. Para la postura de este último, ver nota 21.

<sup>23</sup> Esta conjunción entre moral y búsqueda de lucro no es nueva, estaría establecida en Inglaterra desde por lo menos fines del siglo XVII en las probabilidades, la búsqueda de una «certeza moral» y la limitación racional por el pecado original. En Francia, Condorcet habla de «matemática social» para analizar cómo «elegir de entre proposiciones probables y, sobre todo, en saber evaluar su grado de probabilidad»; y asimismo, define la «utilidad» del individuo como «todo lo que

En la misma línea general, por más que puedan identificarse diferencias en lo particular, se ubica el clérigo inglés Robert Malthus (1766-1834). En su preocupación por la explosión demográfica en relación a la disposición de alimento, su postura es acorde a la de Smith: la providencia guía a los humanos por medio del «instinto». El «gran Autor de la naturaleza (...) el Creador (...) ha prescrito a cada hombre que persiga, como su objeto primario, su propia seguridad y dicha, y la seguridad y la dicha de aquellos inmediatamente conectados con él» (Malthus, 1998, p. 544). En otras palabras, el interés personal, amor propio o egoísmo (valgan las diferencias singulares del *mismo* mecanismo providencial-natural) dirige a los individuos a un bien superior que, racional y solidariamente, no podrían conseguir. Es más, el ser humano fracasaría si pretendiera obtener de modo consciente «la felicidad general», siguiendo como principio la «benevolencia». Con mayor razón cuando se habla del bajo pueblo: «los más ignorantes se ven conducidos a promover la felicidad general, fin que ellos jamás se hubieran propuesto si el móvil principal de su conducta hubiera sido la benevolencia» (Malthus, 1998, p. 544). De ahí que el clérigo inglés se oponga a la caridad y a las leyes de pobres que implicaban subsidios para esa capa de la población: la solución a la pobreza no es a través de medidas políticas. La solución es natural, providencial o autorregulada... con todas las penurias que ello implica, lamentablemente, para los menesterosos. Por extraño que parezca, esa vía natural es una prueba de la infinita bondad y sabiduría divina.

El reverendo Malthus sería la última expresión completamente religiosa de lo económico; algo así como un ilustrado *tardío*. Mas, ello no fue obstáculo para que tuviera un fructífero diálogo intelectual y una profunda amistad con David Ricardo (1772-1823). Relación que «pasará a la Historia por haber dado origen a la correspondencia literaria más importante en el curso entero del desarrollo de la Economía Política» (Keynes, 1997, p. 32). La condición laica de este millonario especulador y economista «científico» —tal como ocurrió en el caso de Bentham—, no le impidió continuar también con la tradición del principio del egoísmo y el sistema automático<sup>24</sup>.

---

le procura placer o le evita algún dolor» y que los sujetos le otorgan un «valor» (Monares, 2008).

<sup>24</sup> Eric Roll expone que ya Adam Smith y «sobre todo» Ricardo abandonan la metafísica: «el carácter providencial del orden natural puede decirse que solo recibía culto de labios para afuera» (Roll, 2003, p. 420). No hay nada que comentar en cuanto al craso error de Roll al considerar lo aquí ya revisado de Smith; mas en

Ricardo expone cómo la ambición de ganancias da lugar a lo que hoy se llama ajuste o equilibrio automático: el «deseo continuo por parte de los capitalistas de abandonar un negocio poco provechoso por otro más ventajoso». En lo puntual, se refiere a las «clases adineradas» que «viven del interés que les produce el dinero»: «banqueros» e industriales solicitantes de préstamos. El «capital circulante» permite al industrial, frente a las fluctuaciones de la oferta y la demanda, adecuarse espontáneamente a la situación: «despide algunos de sus trabajadores y reduce o anula su demanda de dinero a los banqueros y capitalistas» (Ricardo citado en Monares, 2008). Como se puede constatar, Ricardo mantiene —aunque con un lenguaje más técnico— la preponderancia del egoísmo, el interés personal, los deseos de maximizar o de lo que se llegaría a llamar la «racionalidad económica». Precisamente, esa pretensión de ganancias da lugar a un ajuste o equilibrio automático.

Esa búsqueda de lucro es la que permite el dinamismo y la *falta* de planificación de la actividad económica en un contexto de mercado autorregulado, por lo cual se requiere un marco legal que establezca reglas generales de convivencia productiva-comercial. La solidaridad no cumple rol alguno en el individualista, competitivo y automático mundo de los negocios. Además, por qué un millonario como Ricardo y sus colegas podrían haber considerado necesaria la solidaridad, más allá de los buenos modales comerciales entre *gentlemen*. Incluso por una cuestión de estatus en una sociedad extremadamente jerarquizada: mostrar algún grado de necesidad de otros sería indecoroso para personas de tal nivel de ingresos y propiedad.

No se seguirá más adelante en esta somera exposición del camino recorrido por el principio del egoísmo en la Europa occidental protestante/reformada. El lector avisado divisará en el horizonte al marginalismo, al Robinson Crusoe neoclásico, a las «expectativas racionales» de la «nueva macroeconomía clásica» y, finalmente, la vuelta al punto donde comenzó este apartado: el «individualismo metodológico». Y a pesar de que el voluntarismo de Eric Roll —muestra del voluntarismo economicista contemporáneo— sostenga la *liberación* de la economía de «sus antecedentes filosóficos» y el triunfo del «utilitarismo en su sentido estrictamente pragmático», es indudable que ello solo es un deseo o una mala interpretación «científica»<sup>25</sup>.

---

cuanto a Ricardo, como en cualquier *creyente* en el orden espontáneo, es imposible que escapara de sus fundamentos metafísicos... fuera o no consciente de ellos.

<sup>25</sup> Lo que es oscuro para los economistas es clarísimo para el teólogo protestante Paul Tillich, quien explica cómo el gobierno providencial logra la «armonía», el orden

Por más que se quiera asumir la postura científicista, y pueda ella ser considerada hasta respetable, la historia de la economía moderna quedó *condicionada* por sus orígenes. Lo cual sucede por más que se ignoren esos comienzos, se recurra a otros conceptos o se elaboren nuevos y se disfracen las viejas lógicas con ropaje secular y técnico. Lejos de liberarse, la economía sigue encadenada —citando *al revés* a Roll— a «sus antecedentes filosóficos» y «al carácter providencial del orden natural». La religión y filosofía de Adam Smith, ese piadoso moralista del siglo XVIII, siguen siendo los inmovibles cimientos de la ortodoxia contemporánea. Puede verse entonces que esta vez sí acierta Roll cuando señala un vicio (anti)intelectual de los economistas: «la tradicional resistencia a ahondar demasiado profundamente en los aspectos más filosóficos» de su propia disciplina.

La rueda ideológica del Occidente moderno gira y vuelve al origen... o nunca se movió de ese inicio: el principio del egoísmo natural y universal. Todo indica, más allá de la brevedad de este texto, que el desarrollo de la economía es más una especie de versión remozada (y sobre todo amnésica) de la tradición reformada-ilustrada. Solo se obvió a Dios y se lo reemplazó por la «naturaleza», por una condición inherente de la humanidad o por las preferencias que no pueden dejar de elegir en función del propio interés. El resto es ignorancia autocomplaciente y voluntarismo ciego:

Ciertamente, es satisfactorio que esta disciplina, en sus versiones más recientes, aparezca más o menos emancipada de sus antecedentes filosóficos y se convierta, genuinamente, en una ciencia positiva, libre de supuestos implícitos de carácter normativo (Roll, 2003, p. 567).

Más allá de los deseos expresados en la cita precedente, representativa de las creencias de otros economistas «científicos», no es posible que ninguna disciplina escape a algún tipo de «supuestos implícitos [o explícitos] de carácter normativo». De hecho, sostener esa separación es un supuesto normativo. Para decirlo en términos científicos: las

---

espontáneo, el ajuste automático o el equilibrio capitalista: «(...) a pesar de que cada uno puede estar motivado por el interés de la ganancia, a pesar de que cada uno quiere beneficiarse, al final se alcanzarán los objetivos generales de la producción y el consumo por alguna ley oculta [de Dios]. Esta misma idea subyace también, con muchos matices, en la teoría del capitalismo estadounidense moderno. Existe esta creencia básica en la armonía [providencial]» (Tillich, 1977, pp. 355-356).

demostraciones siempre responden a determinados axiomas... sépalo o no quien utiliza esas demostraciones y aunque pretenda que son «ciencia positiva». No han existido, no existen ni existirán los dispositivos teórico-metodológicos sin historia, autooriginados en el limbo de una supuesta técnica *pura*. Por ende, el problema no es que exista tal relación entre supuestos y teorías. Si bien parece académicamente inconveniente ignorar ese nexo, lo peor es la deshonestidad intelectual que esconde el innegable y evidente componente ideológico de esa «ciencia positiva» llamada economía<sup>26</sup>.

#### 4. NI ÁNGELES, NI DEMONIOS: SUSTENTO, CULTURA E INSTITUCIONES

Desde el punto de vista académico, es importante reflexionar respecto de la falsedad del principio del egoísmo natural y universal, y asimismo sobre la diversidad cultural de la humanidad. En el caso de los economistas pragmáticos, sería muy positivo que meditaran acerca de su aceptación del egoísmo como una fructífera hipótesis de trabajo, más allá de la falta de evidencia empírica que la sostenga. Pero también son importantes, y tal vez mucho más, los aspectos sociopolíticos y socioculturales referidos a cómo se quiere vivir, en torno a qué principios éticos.

Para comenzar a desmentir una supuesta naturaleza egoísta de la especie, es posible recurrir a la antropóloga Susan McKinnon. Ella remarca que ese tipo de visiones han «surgido en circunstancias históricas y culturales especiales que no son función de una lógica genética natural y universal»<sup>27</sup>. Por cierto que esta concepción puede ser *acceptable* desde el relativismo cultural, pero tal actitud debe dejarse de lado cuando se constata que de modo artificial y antojadizo se eleva el principio del egoísmo innato a «un universal transcultural». Y con mayor razón cuando esa burda generalización implica un «rechazo

<sup>26</sup> Peor aún es cuando se utiliza la supuesta neutralidad y objetividad de la «ciencia económica» para legitimar políticas públicas o diversas medidas socioeconómicas profundamente ideológicas y hasta corruptas. Chile en dictadura y desde 1990 a la fecha, es un típico ejemplo de reformas estructurales neoliberales justificadas por ser «técnicas». Entre tantos ejemplos citables, se tiene el caso del cobre, área en la cual entre 2005 y 2014 el país ha *regalado* a diez empresas mineras privadas una renta de US\$ 120 mil millones, contrariando incluso la doctrina antimonopolios ortodoxa (López y Sturla, 2017).

<sup>27</sup> McKinnon critica la psicología evolutiva como vástago de la economía neoliberal, por eso su crítica es atingente a lo aquí expuesto.

fundamentalista de otras realidades humanas». No es posible admitir que se universalice ni naturalice una experiencia cultural *específica*, la cual «surgió bajo las condiciones históricas del capitalismo temprano y que sigue estando fundamentada hoy por los valores económicos neoliberales» (McKinnon, 2012, p. 73).

Es más, siguiendo al antropólogo Marshall Sahlins (2011), se puede concluir que sostener al egoísmo como una conducta natural del género humano es «una ilusión de proporciones antropológicas a escala mundial». En otras palabras, no resiste análisis por no tener asidero en datos empíricos en términos culturales (no de conductas o características psicológicas individuales). Y aunque han existido y existen otras sociedades que reconocen el «comportamiento radicalmente automaximizador» al estilo del economicismo occidental moderno, el punto es que «con frecuencia lo llaman brujería». Se considera que las personas que realizan este tipo de práctica «actúan para restringir sus relaciones sociales y acumular recursos para su propio interés personal» (McKinnon, 2012). De hecho, para la mayor parte de la humanidad el egoísmo es una cuestión «antinatural en el sentido normativo: se considera locura, brujería o base para el ostracismo, la ejecución o, como mínimo, la terapia» (Sahlins, 2011, p. 67).

De hecho, un principio de relación social más universal o mucho más extendido en la historia, ha venido dado a través del parentesco (que en general se determina bajo criterios extra genéticos). De donde surge a su vez, como señala Sahlins (2011), una ética singular: «los parientes deben sentir amor uno por el otro» y ayudarse mutuamente en todos los ámbitos de la vida. Incluida, por supuesto, la esfera económica o de la búsqueda del sustento, en la cual muchas veces la solidaridad es una obviedad, tanto en las definiciones morales como en la práctica socioeconómica; y donde el egoísmo, precisamente, impediría lograr las metas socioeconómicas de los grupos. Ejemplos de lo anterior se dan en el mundo andino y sus instituciones de cooperación como la *minka* y el *ayni* (Van Kessel y Condori, 1992; Ledezma, 2003), y asimismo, en economías populares urbanas en una gran capital como Santiago (Gómez, 2017).

Por más que parezca una perogrullada en el ámbito de las disciplinas socioculturales serias o en verdad empíricas, se debe recordar una cuestión fundamental, probada y asumida desde la primera mitad del siglo XX por la antropología o la historia económica (no ortodoxa): la economía maximizadora lucrativa occidental moderna es una rareza

cultural en la historia de la especie. En los aproximadamente 200 mil años de existencia del *homo sapiens*, los sistemas socioeconómicos o de sustento no han buscado el lucro y ni siquiera la maximización individual o grupal. Por el contrario, como estableció Karl Polanyi (1994), lo económico está «incrustado» en la cultura, o sea, su existencia y manifestación ha dependido de las reglas, ética, objetivos, prioridades y funcionamiento de otras instituciones *no económicas* (políticas, religiosas, recreativas, sociales, educativas, artísticas, etc.).

Como conclusión general se puede afirmar que la producción y distribución de bienes materiales estaba incrustada en las relaciones sociales de tipo no económico, de tal forma que ni existía un sistema económico institucionalmente separado ni una red de instituciones económicas. Ni el trabajo, ni la disponibilidad de objetos ni su distribución se llevaban a cabo por motivos económicos, es decir, ni por deseo de ganancia, ni por temor a pasar hambre individual (Polanyi, 1994, p. 127)<sup>28</sup>.

El estudio sustantivo de los sistemas de sustento que busca establecer cómo se materializan institucionalmente las economías, ha entregado abundante material para desmentir el principio del egoísmo natural y universal propuesto por la economía moderna<sup>29</sup>. Al contrario de la mitología ortodoxa dominante, la historia del *homo sapiens* muestra con claridad que las actividades económicas no se han llevado a cabo «ni por deseo de ganancia, ni por temor a pasar hambre individual». La academia sabe hace mucho tiempo de diversas sociedades históricas y actuales con otros sistemas de sustento con particularidades ideológicas, valóricas y prácticas que se traducen en que: la producción, intercambio y consumo son actividades básicamente socioculturales y estrechamente ligadas a tales aspectos, procuran conseguir un objetivo finito, son colectivas en su realización y metas, con intercambios fuera de los mercados, mercados sin precios, intercambios sin moneda, monedas simbólicas y/o artísticas, sistemas monetarios no lucrativos,

<sup>28</sup> Polanyi concluye que la economía es una «actividad institucionalizada», lo cual significa que para que existan sistemas de sustento los «meros agregados de las conductas personales en cuestión no bastan para producir las estructuras» económicas: las acciones individuales no conforman una economía.

<sup>29</sup> Entre la abundante literatura disponible se puede revisar con provecho a: Polanyi (1994), Sahlin (1983 y 2011), Polanyi, Arensberg y Pearson (1976), Carrasco y Broda (1978), Austin y Vidal-Naquet (1986), Gómez (2017), Richards (2007), Monares (2008, 2014 y 2015) y los artículos sustantivistas recopilados en Godelier (1976).

cooperación y altruismo institucionalizado, rechazo a la acumulación infinita, castigo institucionalizado al egoísmo, con aspectos difícilmente o no cuantificables, etc. Parafraseando a Sahlins (1983), se puede decir que las culturas no occidentales modernas están compuestas en verdad por *hombres antieconómicos*. Incluso, no es necesario ir al pasado o a una pequeña y aislada sociedad para encontrar ejemplos de grupos de personas que se conducen no solo de manera diferente al principio del egoísmo natural y universal, sino que hasta de manera explícitamente contraria: tome en cuenta el lector lo que de seguro ocurre en su propia familia nuclear, extensa o en la relación con sus amistades.

Considerando lo antedicho, la economicista descripción de la evolución humana de Hayek —hecha suya por los economistas «científicos», ortodoxos o neoliberales— implica asumir fundamentos insostenibles. Incluso para muchos autores *dentro* de la economía<sup>30</sup>. Además, la rigidez del dogmatismo ortodoxo es tal, que hasta es posible enfrentarlo desde un mínimo conocimiento sociocultural e histórico. Es del todo evidente que el ser humano no podría existir sin una herencia y vida colectivas. La existencia en grupo ha dependido de desarrollos y consensos racionales, los cuales se han guiado por la solidaridad y la búsqueda consciente del bien común la mayor parte de la historia. O sea, en términos de «una organización con dirección deliberada» y no según un «orden espontáneo sin propósitos» (Hayek, 1982) que de forma azarosa pudiera beneficiar a la sociedad.

El principio del egoísmo natural y universal como factor organizativo de la vida en común ha sido, es y de seguro será una *utopía*. Lo irónico es que el individualismo y su promoción del egoísmo es una herencia colectiva; elaborado, difundido y enriquecido por una comunidad intelectual utilizando un legado cultural colectivo. Y, finalmente como se ve en Hayek, en no pocos casos conlleva un afán solidario y altruista (implícito o explícito) para con otros miembros de la sociedad

<sup>30</sup> John Maynard Keynes (1926) sostiene la falacia de un modelo «que no se deduce de los hechos, sino de una hipótesis incompleta introducida en aras de la simplicidad»; pues «la conclusión de que los individuos que actúan independientemente para su propio provecho producirán el mayor agregado de riqueza depende de una variedad de supuestos irreales». Más recientemente, Herbert Simon (2001), ganador del Premio en Memoria de Alfred Nobel de 1978, en la misma línea afirmó: «la mayoría de las decisiones de los seres humanos no están determinadas por el interés propio individual». Entre otros autores citables en cuanto crítica de la hipótesis ortodoxa, pueden considerarse Daniel Kahneman (Nobel Prize.org, 2002), Joseph Heinrich *et al.* (2004), Samuel Bowles & Herbert Gintis (2011) o Ha-Joon Chang (2013).

y hasta para con anónimos de otras sociedades. Sí, aunque parezca paradójal o contradictorio, el afán del citado economista austriaco es altruista... según sus criterios, claro está: una sociedad que permita a cada individuo competir sin trabas para lograr sus propios objetivos en el mercado.

Superado el primero y en realidad más simple punto —la irrealidad del principio del egoísmo natural y universal—, es necesario revisar ahora la relación entre sistemas de sustento y solidaridad. Sería necesario aclarar un asunto que pareciera ser una especie de sentido común que se puede ubicar en ciertos ambientes ligados a los estudios/experiencias de economía social y solidaria. En específico, se hace referencia a que esas prácticas y las personas que las llevan a cabo son moralmente superiores o asumen posturas políticas de resistencia ante el capitalismo de mercado dominante<sup>31</sup>. Al ser solidarias estarían al margen de las relaciones individualistas, competitivas y lucrativas que se dan en el mercado autorregulado (por más que en muchos casos esas personas *entran y salen* de contextos lucrativos de mercado)<sup>32</sup>.

Se estima aquí que ignorar las condicionantes institucionales de los sistemas o prácticas de sustento, es tan erróneo como el voluntarismo de creer en la veracidad del principio del egoísmo natural y universal. Karl Polanyi (1994) y el enfoque institucional o sustantivo ayudan a desmitificar el que las economías sociales y solidarias dependan de la bondad de las personas, de la innata fraternidad de los grupos subalternos y/o marginados, como asimismo de una supuesta bondad inherente del ser humano en general.

Ya se revisó antes que el sustantivismo ha expuesto la forma en que las prácticas y sistemas de sustento están *incrustadas* en las sociedades. O sea, el modo cómo se relacionan con otras partes de una cultura y surgen a partir de esas otras partes de una cultura. No hay economía en sí misma, cual sistema aislado o autónomo. Por cierto que existen los sistemas de sustento, pero no son instituciones en sí y ante sí. Lo económico es «simplemente el resultado del funcionamiento de otras instituciones no económicas» (Polanyi, 1994): se *materializa* cuando otras instituciones *no económicas* necesitan de la producción, distribu-

<sup>31</sup> El autor basa este tópico en su experiencia y en la de informantes ligados a la economía social y solidaria; puntualmente, provenientes del campo religioso cristiano y/o con posturas políticas de izquierda.

<sup>32</sup> Albert Hirschman (1986) expone diversas experiencias latinoamericanas de «desarrollo popular» que contradicen tanto el principio individualista de la ortodoxia económica, como ciertos supuestos del campo de la economía social y solidaria.

ción o consumo de bienes materiales y/o servicios. Un caso típico y fácil de comprender son las fiestas religiosas: los objetivos eminentemente místicos y sociales de tales eventos requieren de aspectos materiales para su realización y el buen cumplimiento de sus fines. Por ejemplo, la «Danza de la Conquista» en Guatemala, una fiesta «cristiana» acompañada de «ceremonias religiosas (...) de carácter pagano», da lugar «a un tipo específico de comercio»: un «maestro» enseña la danza a los actores por una retribución, el «director» u organizador de la danza incurre en numerosos gastos («hospeda al ‘maestro’ durante su estancia» y al ceder su casa para los ensayos «suministra entonces bebida y alimento a los danzantes») y los danzantes alquilan sus «trajes, máscaras y otros accesorios» a artesanos que fabrican dichos bienes en «talleres especializados» y «alquilan sus artículos incluso a aldeas alejadas» (Wachtel, 1976, p. 74)<sup>33</sup>.

Desde esa perspectiva, no tienen sentido los acercamientos a las economías no modernas, tribales o sociales y solidarias que rozan el mito del «buen salvaje» o del pobre radical-fraternal. La solidaridad está integrada al sistema social y se expresa en lo económico. Es deber del pariente, del miembro de la etnia o de la comunidad, realizar ciertos actos (socio)económicos dentro de un marco de obligaciones —explícita o implícitamente— recíprocas. Ello ocurre más allá de la *calidad moral* de la persona en cuestión y por algo existen en muchos casos presiones o castigos institucionalmente determinados para quienes incumplan la norma. Eso es una muestra de que no todos quieren ser solidarios a todo evento.

El antropólogo Marshall Sahlins (1983) da cuenta de la materialización no siempre universalmente solidaria de la ética del parentesco. La pregunta en estos casos es con quién o con quiénes debo/quiero ser solidario y hasta qué punto. Por ejemplo, «las retribuciones son solo más o menos equivalentes, y más o menos inmediatas en el tiempo»; variación que está «notablemente correlacionada con la distancia del parentesco»: «cuanto más cercano al hogar, el intercambio se vuelve más desinteresado»; y cuanto más alejado, al no existir obligación alguna, *podría* volverse más interesado (Sahlins, 1983, pp. 144-145). En otras palabras, la solidaridad entre parientes puede irse *relajando* a medida que los lazos son más lejanos y hasta puede desaparecer con

<sup>33</sup> Sobre los carnavales religiosos debo agradecer la comunicación personal de valiosos y aclaratorios datos a Tania Ávila Meneses, teóloga indígena boliviana, quien además es miembro del grupo de danzantes Morenada Central Fundada por la Comunidad de Cocani, la cual es parte del Carnaval de Oruro.

los no parientes, al punto de ser moralmente aceptable el desinterés, el engaño, la agresión, el robo o incluso la esclavización y el asesinato<sup>34</sup>.

Un caso contemporáneo de esa relajación de la solidaridad se da en el mundo andino y probablemente muchos *blancos* extranjeros la pueden haber experimentado en carne propia. Desde la perspectiva occidental, esas actitudes se consideran formas de engaño o estafas; pero para los nativos andinos no contradicen la sentencia «no seas ladrón», un pilar básico de su ética:

Lo que rige para el grupo endógeno (*ayllu*<sup>35</sup>), no necesariamente tiene validez para la universalidad inclusiva (todos los seres humanos) (...) Las normas vigentes dentro del *ayllu* no siempre son aplicadas (o no en el mismo sentido) a los foráneos (...) A un comunero del mismo *ayllu* nunca le engañaría económicamente, pero sí lo puede hacer a un comerciante foráneo o un turista (Estermann, 2006, pp. 260, 261 y 263)<sup>36</sup>.

Claramente, desde concepciones del parentesco como la andina, el «amor desinteresado (*agapé*), como tal, no es un valor, y tampoco lo es la ayuda altruista». Asimismo, la justicia como categoría no es «formal y universalmente homogénea»; se hace una evidente diferencia en el concepto de justicia entre los miembros de la familia y quienes no pertenecen a ella (Estermann, 2006). Incluso, esta diferencia ética entre los *nuestros* y los *otros* puede ocurrir asimismo en contextos no relacionados a primeras naciones, sean en zonas rurales o urbanas. Quien esto escribe ha sido informado de casos en los que al *otro* o *afuerino* se le cobra un sobrepago por trabajos agrícolas o se le paga

<sup>34</sup> Sahlins (1983) expone casos *étnicos* en que a raíz de una crisis alimentaria se rompe la solidaridad institucionalizada entre parientes. Mas, en similares casos se puede dar un reforzamiento de la solidaridad, incluso entre no parientes: recuérdese la crisis económica de los ochenta en el Chile de la dictadura cívico-militar y las experiencias de las ollas comunes en sectores populares urbanos (Hardy, 1986).

<sup>35</sup> Conjunto de familias emparentadas entre sí (familia extensa), interrelacionadas a través de lazos de reciprocidad y con una especificidad étnica, las cuales componen una unidad social, política y económica.

<sup>36</sup> El antropólogo estadounidense Paul Bohannan (1996) narra una anécdota que deja en evidencia las diferencias éticas entre los pueblos: un nativo tiv (Nigeria) le relató el ahogamiento de un hombre en un río, y ante la consulta de por qué no lo ayudó siendo un buen nadador, aquel respondió: por no ser pariente. La ira e incompreensión del antropólogo fue similar a la que el mismo nativo sintió cuando aquel le refirió que no veía a su madre hace unos cinco años. La reflexión final de Bohannan es que aunque pase el tiempo, seguro ambos siguen convencidos de la superioridad de su propia ética.

un subprecio al comprarle productos agrícolas en zonas rurales de Chiloé; o en el cobro por problemas inexistentes o de precios artificialmente abultados en trabajos de albañilería, gasfitería o mecánicos en el Gran Santiago. Actitudes que cambian cuando ese *otro* o *afuerino* pasa a ser considerado uno de los *nuestros* (en algún grado que no necesariamente deba llegar a una gran cercanía).

Vistas así las cosas, el ideal de universalidad moral-legal occidental moderno no parece demonizable *a priori* por ser parte de la Modernidad, de la tradición del invasor/colonizador. Sobre todo en términos morales aquel supondría un deber solidario con cualquiera, sea cual sea su género, etnia, religión, edad, etc., lo que pareciera una norma ética deseable y beneficiosa para una buena vida colectiva<sup>37</sup>.

## 5. PALABRAS FINALES

Todas las culturas tienen sus luces y sombras. Ni todo lo étnico o popular/subalterno es bueno en sí, ni todo lo occidental moderno es intrínsecamente malo. En tal sentido, es un campo de discusión abierto el cómo materializar la solidaridad más allá del parentesco, lo étnico, la condición de clase, el género, la religión, etc. Se cree aquí que se abre un vasto ámbito de trabajo teórico-práctico para buscar una síntesis entre una real universalidad de la justicia y la solidaridad en verdad igualitaria, y ciertas instituciones socioeconómicas no modernas; o de ciertos valores no modernos como el parentesco y ciertas instituciones socioeconómicas occidentales modernas. De hecho, ya hay precedentes en un mundo dinámico, donde los diversos procesos de cambio cultural, mediaciones o síntesis culturales son una realidad que nunca ha dejado de suceder. Escenario en el cual hasta las primeras naciones, lejos de desaparecer ante la Modernidad, siguen desarrollando sus formas de vida en medio de esos nuevos contextos (Sahlins, 1999)<sup>38</sup>.

Por supuesto que ese empeño debe respetar las particularidades culturales de cada pueblo, los cuales deben ser activos agentes de esas posibles síntesis. Este último énfasis responde tanto a una cuestión

<sup>37</sup> Se asume que a tal ideal de universalidad moral-legal occidental moderna, se le pueden hacer muchas observaciones en el pasado y todavía. Mas, como señala Jean-Paul Sartre, un efecto del propio imperialismo cultural ha sido dar pie a que los mismos colonizados/dominados formulen sus críticas y plataformas políticas de liberación en términos occidentales modernos (Fanon, 2009).

<sup>38</sup> Para el caso específico de aspectos socioeconómicos en Sudamérica, ver: De la Cadena (1986), Ledezma (2003) o Lu, Bilsborrow y Oña (2012).

de respeto mínimo, como por motivos prácticos referidos a cimentar el cambio cultural y esos nuevos patrones culturales sobre bases preexistentes. O sea, metafóricamente hablando, ese terreno firme y fértil permitiría esperar la duración en el tiempo de aquellos patrones novedosos. No se trata de cristalizar las culturas, no se cree aquí en esencialismos y ya se sabe que no es una expectativa realista, cuando no peligrosa en el caso de sus expresiones fanáticas. Pero sí se estima que las tradiciones entregan fundamentos para desarrollos culturales de largo alcance temporal (aun considerando todas las posibles mediaciones, reinterpretaciones y síntesis de los rasgos exógenos).

Por otro lado, se quiere exponer una última reflexión acerca de las consecuencias del reduccionismo economicista, en cuanto a su rol en el estudio y solución de asuntos socioculturales. Obviamente dicha perspectiva limita los problemas que se pueden *ver* y las respuestas teórico-prácticas que se pueden emprender para su abordaje académico y posibles vías de solución en la práctica:

Tal narrativa [del reduccionismo economicista] no solo borra la tremenda evidencia histórica y contemporánea de la creatividad humana y la diversidad cultural en el mundo —y las verdades de otras realidades culturales—, sino que también restringe gravemente la clase de preguntas que podemos plantear y los tipos de mundos sociales que podemos imaginar y tratar de crear para nosotros mismos (McKinnon, 2012, pp. 154-155).

Además de que, como bien afirma McKinnon, su afán «encubiertamente prescriptivo» —en general disfrazado de «ciencia» o de saberes académicos— termina naturalizando y universalizando una tradición singular: la occidental moderna con su principio del egoísmo para nada natural ni universal. Negar la imposibilidad de la solidaridad, debería impulsar la tarea de desarrollar y materializar los aspectos sociopolíticos referidos a cómo se quiere vivir, en torno a qué principios éticos.

A todas luces debe superarse el reduccionismo economicista. Sin embargo, también es necesario cuidarse de no caer en otros espejismos que puedan parecer atractivos. Un ejemplo son algunos tipos de imaginarios sociales y solidarios de carácter utópico. Ya ha sido suficiente de imposiciones culturales foráneas en el Sur Global, para caer ahora en una fantasía *endógena*. Por más atractiva y benigna que parezca.